

# El silencio come música

Rafael Espejo

Dice el perro que comía silencio: «¿Que por qué me fascinan los gatos? Porque son algo así como el resumen de la noche, sobre todo los negros. Pienso que si logro finalmente despedazar a alguno liberaré todos los amaneceres que contiene» (p. 16). Con ese persuasivo descaro, se descubre la escritora que se escondía en Isabel Mellado, violinista hispano-chilena de la Orquesta Filarmonica de Berlín y de la Orquesta Ciudad de Granada. Así pues, desde la serenidad del anonimato, ha ido Isabel Mellado reuniendo una colección de cuentos y aforismos que se descubren ahora como la sorpresa de la temporada: un primer libro incontestable por exquisito y maduro, según intentaré explicar a continuación.

Agrupados en tres partes («Mi primera muerte», «La música y el resto» y «Huesos»), pronto los relatos manifiestan su inclinación por lo irracional y fantástico, por no sé qué surrealismo doméstico que insiste, desde planos imposibles, en una realidad desenfocada: extraña y, no obstante, íntima. De las pequeñas tramas de cada texto a las impagables pinceladas de estilo, de la extravagancia de los títulos («Carne de espejo», «Ombligo o(m)bliga», «Eternidad 77x53») a la excéntrica galería de personajes (un chelo, el número cinco, un cuadro, la gramática, una gallina), todo en el libro delira a sus anchas pero comedidamente, sin poses ni aspavientos. Porque la locura se convierte aquí en idea previa y justificación última de los relatos, bien encarnada en la voz del personaje de turno –todos los textos están redactados en primera persona–, bien como elemento determinista de la ficción. De los raptos de la razón, entonces, a los raptos del sentimiento, pasando

---

Isabel Mellado: *El perro que comía silencio*. Páginas de espuma, Madrid, 2011.

por los raptos de sus habilísimas expresiones. Será entonces que Isabel Mellado juega al idioma –con sumos tacto y elegancia, por cierto– en los sótanos de la conciencia, y ahí lo lúdico no está reñido con lo más o menos trascendente: «Ya no estoy sola. Una salchicha está de visita en mi estómago» (p. 58). Repara en aspectos invisibles a la percepción del ojo, aspectos al alcance sólo de un estado de alerta mental. Y eso propicia que los personajes, a pesar de su marginalidad y desamparo, no pierdan un ápice de ternura humana (o no humana, pero ternura en cualquier caso), de estimulante ironía, de arrojado vitalismo.

Si bien resulta incuestionable la unidad de estilo y tono en *El perro que comía silencio*<sup>1</sup>, la estructura del libro en tres partes modula estados de ánimo de una misma unidad como lo haría, qué diré, una tocata. Así, si en «Mi primera muerte» encontramos relatos que se fugan de sí mismos a través de sus tensiones lingüísticas y sus revelaciones, en «La música y el resto» la exposición amaina, se pone clásica, y entonces Isabel Mellado nos regala una auténtica exhibición de género, de escritura de raza. La música –que desde el principio venía latiendo de fondo y que en esta sección ocupa el primer plano– amaina a las fieras, y justo eso ocurre con las criaturas que habitan esta parte: menos sometidas al factor sorpresa y más entregadas a los posos de la reflexión o a la extrema intimidad de los sentimientos. Pero atendamos o no a esas categorizaciones estancas (meramente estructurales, funcionales), una misma voz personalísima modera las escenas y a sus protagonistas, adopten el aspecto de cuento canónico o de microrelato postmoderno. Entendámoslo, entonces, como muestra irrefutable de la versatilidad narrativa de Isabel Mellado, de su instinto lingüístico y de su don para labrar artesanías. Cada relato es una excepción, una joya exclusiva en su composición y brillo: «Nocturno», «Nada nuevo» o «La nota larga», por ejemplo, me parecen muestras dignas de integrar cualquier antología de cuentística contemporánea. Asoma en ellos, como implícito

---

<sup>1</sup> Una coherencia, además, calculada con precisión por ejemplo en los guiños autorreferenciales, esas bromas privadas entre cuentos que simulan perfectamente un mundo propio y autónomo, un mundo con capacidad para gestionarse a sí mismo.

homenaje, Cortázar. Pero va más allá; no digo que supere los de aquel, vade retro, pero sí los sitúa en otra dimensión, sustituyendo el lirismo intelectual del argentino por una imaginación desbordada de ingenio y humor. E incluso los casos donde se amasan pequeñas tragedias, despiertan alguna que otra sonrisa al lector, que no puede no dejarse cautivar por los acertijos (fantásticos o emocionales) que cada relato plantea. Acertijos, eso sí, con moraleja (esto es: con una resolución, con un atado), que no con moralina.

La brevedad de los relatos (el más extenso ocupa seis páginas) se extrema en la última de las tres partes del libro, «Huesos». Pero, según he apuntado antes, no responde esta distinción a una cuestión de forma, sino de ánimo, de pulso. Y eso en absoluto cambia. Consideremos anécdota, entonces, que la sección la ocupen aforismos. Aforismos de toda condición: absurdos, irónicos, orientalizantes, culturales, enigmáticos o ingeniosos. Escaparate de dichos –en verdad greguerías acompañadas, como aquellas, de simpáticos dibujillos de la propia autora– que hacen gala de una lucidez en sentido contrario, una lucidez que viene de vuelta: «El que ríe el último, ríe solo», «Siempre que te veo futureo», «Lagos: océanos jubilados», «Un hipo desmantela cualquier grandilocuencia», «Recuerdos son instantes que dan para más de una vez», «El musgo le ronronea a la piedra», «Ojos son heridas abiertas», «Todo tiempo pasado fue presente», etc. Así, haciendo equilibrios con lírica y sarcasmo, la expresión encuentra el justo medio entre lo irrelevante y lo revelador, entre lo irreverente y lo reverencial.

Y con ese runrún hipnótico acaba el libro.

«La orquesta cesó de tocar y la gente me observaba con sus bocas tan abiertas que parecían nuevas orejas» (p. 97) ©